

El poeta y el bandido

Beatriz Espejo

*Hay vates de guitarrita
y vates de guitarrón;
unos van a Santa Anita
y otros van a Santanón.*

José Juan Tablada

LLEGÓ A LA ESTACIÓN DE BUENAVISTA CON suficiente equipaje aunque esa empresa no le llevaría más de una semana. La acometería decidido, sin titubeos. Ah, qué brutas habían sido las fuerzas de seguridad pública del Estado. Su primer encuentro con Santana Rodríguez causaba cuchufletas. Luego de un combate de veinte minutos sólo lograron matarle una mula cargada con bastimentos. A las dos o tres horas volvieron a encontrarlo y el resultado fue un macho muerto, una lata de manteca, unas anjarillas con botellas de medicina y un par de rifles. Lo declararon botín de guerra y no valía la pena ni fatigar las bestias. Los rancheros dicen que el monte no entrega a nadie. Puro cuento. Todo era cosa de saber enfrentar problemas a los que él se acostumbró desde los veinticinco años cuando lo nombraron diputado por el distrito de Jalacingo.

Entró al gabinete que olía a naftalina y estaba forrado con terciopelo verde de agradable tacto. Le pidió al portero que lo ayudara a subir las maletas hasta un compartimento porque, aunque detestaba ser ayudado, el brazo izquierdo le quedó inútil luego de aquel duelo en Orizaba con Martín López. Estar algo impedido no disminuyó su arrojo. Sus editoriales del *Diario Comercial*, fundado por su padre, desafiaron diariamente treinta y seis meses seguidos al general Mier y Terán que fusiló sin formación de causa a los nueve supuestos conspiradores de Alvarado. Los desafíos fueron incendiarios y tenaces, aumentaron circulación y lectores y dieron lugar a muchos comentarios; pero el gobernador se

hizo sordo antes de aceptar el reto. “Es muy fácil matar a otros sin exponer la vida”, pensó, orgulloso de sí mismo. Mantuvo junto un portafolios que siempre traía consigo. Lo llevaba a la cámara y adentro guardaba asuntos pendientes, algunos manuscritos inconclusos, papel para recados, lápices y plumillas, varios libros que en tiempos normales dejaba sobre su mesa de trabajo. Compró los periódicos del día. Pasaron vendiéndolos por el pasillo del *pullman*. Se quitó el sombrero y, para que no se arrugara demasiado, el saco de lino blanco con el que había sentido frío antes de embarcarse aunque estaban a fines de junio. Conservó también ambas prendas sobre el asiento como al descuido sabiendo que apenas el tren se pusiera en movimiento cambiaría el clima cuando dejaran la altiplanicie hacia la costa. Y leyó lo interesante. *El Imparcial*, de sus amigos Díaz Dufoó y Reyes Espíndola, destacaba en la primera página una nota titulada “El poeta Salvador Díaz Mirón a caza del bandido”. Decía:

La noticia parece absurda pero es exacta. Conocidos son de todo el mundo los arrebatos del celebrado poeta que siempre se ha mostrado amante de aventuras peligrosas. Sabidas son sus cualidades de tirador infalible; nadie ignora, por haberlo declarado él mismo, su cariño invencible al peligro que le hubiera llevado, si la paz no lo encamina por el sendero de la gloria literaria, a conquistar laureles en algún campo de batalla.

El poeta, que ayer todavía se encontraba en esta capital, salió inmediatamente para Jalapa y la sierra donde dicen que se encuentra refugiado el bandolero. La noticia causará seguramente revuelo por inusitada y romántica: la persecución de un bandido misterioso por un poeta lírico y valiente...

El poeta lírico y valiente sonrió satisfecho. Ésas eran precisamente las cualidades que lo caracterizaban, lírico y valiente, y la imagen que ante el público quería fomentar y sobre todo ante Genoveva y sus hijos, un hombre al que nadie le había

puesto la mano encima ni le había rozado la cara ni le había alzado la voz ni le había faltado al respeto. Con él, poco y bueno o se atenían a las consecuencias. *Frivolidades* decía, en su estilo alegre y despreocupado que tanto gustaba a los suscriptores: “Sería verdaderamente admirable que ahora se produjera por aquellas tierras el caso citado en las novelas; es decir: que un bandido admirador del poeta se entregara sin

enfrentar el poético gatillo. Si cae deshecho por algún balazo bien disparado, ya puede darse por muy contento. Ningún bandido en el mundo alcanzaría muerte tan gloriosa”.

Morir en manos de Victor Hugo o Zorrilla hubiera sido un sueño ideal de muchos españoles y de casi todos los franceses de hace cincuenta años. Caer con el cráneo taladrado. Y recalaba: “Caer con el cráneo taladrado por una bala de

quien ha taladrado tantas almas escribiendo versos es algo así como morir en un trono de celebridad”. El poeta sonrió, cómo son exagerados los periodistas en sus halagos y denostaciones. Caer cual regla con el cráneo traspasado y la mirada abierta al vacío sería aterrador aunque el homicida fuera un artista célebre; además, el tal Santanón era analfabeto, nunca tuvo un libro en sus manos y mucho menos uno de poesía. Claro que en Veracruz lo idolatraban a él, a Díaz Mirón, y lo citaban de memoria. Dehesa ya debería levantar su estatua en cualquier parque público, cosa que sin duda le hubiera traído simpatizantes para su candidatura presidencial cuando don Porfirio revelaba vejez tras su cara blanqueada por polvos de arroz y sus uniformes cortados en París que lo metían en un corsé; pero envuelto en los destellos de sus condecoraciones, el paso firme y la cabeza erguida, conservaba dignidad de presidente e inauguraba obras aquí y allá para celebrar las fiestas del centenario de nuestra Independencia. Por asociación de ideas, el poeta se convenció de que edificar en bronce una estatua que cimentara su propia gloria y pacificar la región le abrirían posibilidades a su más recóndito deseo, gobernar Veracruz; sin embargo, Dehesa no se chupaba el dedo y aunque se proclamaba partidario de la cultura, reconocía a sus posibles futuros adversarios aunque éstos se dijeran amigos suyos. Y claro, a la larga o a la corta cada quien recibe su merecido y las aguas cobran su nivel, por eso él enfrentaría un monstruo desalmado para salvar el prestigio nacional.

Santana aterrorizaba con sus trapacerías y crímenes toda la zona del Sotavento, ejemplo del modelo porfiriano para nuestra agricultura. Allí existían inmensas plantaciones tabacaleras, azucareras y bananeras. Los gringos y alemanes las ambicionaban tanto que habían metido allí las narices. Era cierto, como cierto era el escándalo de que nadie acabara con atrocidades sin precedente. Se repudiaba



lucha al recordar sus versos admirables mientras los recitaba de memoria. Ello demostraría una vez más el santo influjo y la beneficiosa misión de la belleza que desde tiempos de Orfeo domestica fieras”. Y, como si no hubiera terminado de expresar lo que se propuso, añadía el delirante reportero en la página central: “No le arriendo ganancias al feroz Santanón al

el asesinato cometido en la hacienda Corral Nuevo sobre la persona de Julio Mendoza, a quien ya habían avisado que una banda de ladrones, intentaba asaltarlo. Entretenido en sus negocios algodonereros, acompañado por su esposa y sus ayudantes, al presentar la noche su discreto manto decidió acostarse dentro de la toldilla del barco donde recorría la rivera de San Juan Michapan con una fuerte cantidad de dinero. Los ladrones desataron las amarras y dejaron la embarcación a merced de la corriente hasta que se estancó en un punto solitario. Esperaban atentos. El saqueo fue sencillo. Trasladaron la mercancía y el dinero a otras embarcaciones y no se hubiera causado alboroto de no haber ajusticiado al desprevenido vendedor que les hubiera cedido las ganancias si le perdonaran la vida. Su mujer salió ilesa y pudo dar cuenta del asunto. Contaba que Santanón dirigía la maniobra, espantoso con su enorme estatura de casi dos metros recortada en la oscuridad, de pie junto al cadáver. En esas tinieblas no le vieron las cicatrices que según cuentan alguien le dejó tras la oreja izquierda y en el antebrazo ni el defecto congénito de una manita más pequeña que la otra. Sin embargo aprendieron a un montón de culpables, entre ellos a un chiquillo de doce años que colgaron de ambos pulgares y cinco minutos después señaló cómplices, hechos y hasta el lugar donde enterraron al comerciante, exhumado como cuerpo del delito delante de las autoridades que dieron fe avisadas para el caso. Aquel chamaco no dijo mentiras. La altura del asesino resultaba inconfundible lo mismo que su bestialidad. No en vano apenas salido del cascarón lo acusaron de rapto y estupro y lo apresaron varios meses en Acayucan y luego en Juchitán. Se fugó pues no había cárceles capaces de someter a tal demonio que para estas fechas comandaba a un grupo de forajidos. Se compadeció de la señora por un verdadero milagro quizás al verla tan indefensa llorando gritos pelados. Qué clase de bandolerismo era el suyo, fluvial, inédito hasta entonces, ajeno a la compañía del caballo, la prestancia y atuendo del traje campero y las armas blancas que obran en perfecto silencio sin luces ni ruidos llamativos, aportando incluso el placer de los contactos crueles.

Tal vez lo de la canoa no hubiera dado tanto que hablar ni las autoridades se preocuparan si esas fechorías no trapusieran las fronteras y pusieran en peligro la paz nacional. Manchaban nuestra tarjeta de presentación ante las naciones civilizadas del mundo. Santanón había matado con lujo de truculencias al súbdito alemán Guillermo Voigt que administraba la hacienda Bella Vista. Pero allí se bifurcaban los rumores. El muertito cargaba sus culpas. Algunos afirmaban que le birló la mujer al mulato y, para quitárselo de encima, lo acusó injustamente

de robarle ganado y aprovechándose de su amistad con el jefe político de Coapan hizo que fuera detenido meses antes en su propiedad y puesto al servicio del ejército. Sabe Dios cómo fueron tales enredos. Si así hubieran sido, el bandido tenía razones poderosas para vengarse. El poeta imaginó lo que haría con quien cortejara a su Genoveva. Sería hombre muerto sin explicación alguna. Su palomita estaba empollando el nido desde que se casaron; sin embargo él tuvo varios deslices con mujeres embriagadoras como el vino. Les rendía homenajes literarios aunque fueran banales, mintieran y no imitaran al peregrino que cruza un monte de penoso acceso y párase a escuchar con embeleso un pájaro que canta en el camino; pero tuvo discreción de caballero y su mujer no se dio por aludida ni lo atormentó con celos tontos. Por eso ahora, antes de iniciar persecuciones iba primero rumbo a Jalapa. Visitar su Quinta de las Rosas en Los Berros, ese parque arbolado lleno de paz con casas alrededor, le daba seguridad, lo paraba en sus pies sobre la tierra seguro de que siempre lo recibían como si fuera fiesta, entre alborozadas muestras de contento y respeto. El respeto que se merecía un varón cabal.

Casi por instinto volteó hacia la ventana y se vio reflejado. Pronto cumpliría cincuenta y siete años, sus rasgos demostraban la profunda seriedad de su espíritu y quizás el mal genio que le reprochaban allegados y detractores. El bigote tupido parecía azotador y tapaba la boca poderosa. Tenía pelo abundante, frente alta, ojos nerviosos y negríssimos, empezaba a perder el contorno de las mejillas porque estaban cayendo mofletudas. Desde luego que esto lo alinearía en la fila de los feos; sin embargo era grande e imponente, un macho que a mitad del escenario atraía las luces por su intimidante virilidad. No importaba demasiado. Importaba más su mirada aún viva que reflejaba las turbulencias del alma. Había engordado, su cuerpo se puso recio de un momento a otro y arrugaba el chaleco como si los botones estuvieran a punto de reventar. Con la mano sana convertida en garra se pasó un pañuelo por el rostro. Consultó el reloj de leontina en un acto reflejo. No atendió la hora. Tarde o temprano llegaría a su destino pero con los ferrocarriles nunca se sabe si retrasado o a tiempo. Y se fijó en sus zapatos de charol polvorientos bajo las polainas también medio sucias. Se limpiarían en cuanto Genoveva lo notara. Frunció el entrecejo caviloso. Las palabras empezaron a dictarle frases al oído. Siempre le sucedía lo mismo, casi no pasaba día sin escribir y menos sin leer aun en situaciones adversas. Incluso sus enemigos reconocían su cultura. Su amor por Byron, por la pulcritud de la forma. Desde joven le había dado confianza ser el mejor de los poetas románticos mexicanos. Ningún otro alcanzaba

esas alturas. Ni gozaba la música como él podía gozarla con todos los sentidos pendientes de un hilo entre el resuello y la muerte. Adoraba a Schubert, juzgaba los *lieder* divinamente tristes como la Luna. Entre las ocho sinfonías prefería la *Incompleta*, como un presagio de algo que aún no alcanzaba a entender. En medio de un concierto el corazón le abarcaba el pecho, percibía las cosas en todos sus detalles, se acercaba a Dios. Sentía que aquellas cadencias y frases fueron concebidas para su percepción exclusiva y que los demás asistentes formaban una masa estulta y sorda. Había ido más allá de sus contemporáneos y por eso su bien cimentada fama.

Lo que no se ganaba con un poema lo ganaba con una cuarenta y cinco. Y también, ¿por qué no admitirlo?, con su soberbia característica. Se imponía con su sola presencia en este país de pusilánimes. Su madre le había dicho que alabanza en boca propia es vituperio; pero ni que fueran de su madre tomaba en cuenta opiniones de mujeres nacidas para conservar la paz conyugal y ordenar el funcionamiento casero. En la juventud motivaron comentarios sus declaraciones desproporcionadas. “Mi musa es el siglo, es el pueblo, es la patria”, dijo en uno de aquellos sus arrebatos grandilocuentes. Pero había algo mágico cuando se estaba convencido de lo que se decía. Los demás acaban por creerlo y uno también. Sus versos germinaban en la arrogancia, la fuerza de voluntad y por supuesto el talento. La inspiración ayudaba; sin embargo no debía dársele demasiada trascendencia. Existe sólo el relámpago iluminador que llega inesperadamente encendiendo por un momento la negrura de la esterilidad. Se recargó sobre el brazo sano con el puño cerrado como si entrara en hondas cavilaciones, pensó fumarse un puro para reflexionar el tema más a gusto. Lo contuvo el lugar tan cerrado.

Casi al instante llegó una lluvia torrencial que ensombrecía el panorama y resbalaba vidrio abajo. Las gotas parecían gusanos. Por contraste pensó en las mariposas, dos pétalos que aletean. Recordó unos versos suyos, “eterna y mezquina guerra de todo lo que se arrastra contra todo lo que vuela”. No eran malos. Sonaban, sonaban. ¿Los había escrito o apenas los maduraba? Trabajaba tanto sus poemas y los mantenía tanto en la memoria hasta que lo satisfacían que olvidaba si ya los había publicado. Nada importaba. ¿Nada importaba? Se engañaba a sí mismo con semejante pensamiento. Los halagos le sacaban bríos, incendiaban sus gestos y sus palabras.

La lluvia cesó tan pronto como había irrumpido. El Sol, ese su rey oriental, anegó el horizonte. Le dio gusto porque otro de sus placeres era contemplar el paisaje. Contemplarlo casi con éxtasis. Y luego recordarlo. Le gustaba la ciénaga y la sabana, las palmas con sus copas triunfadoras superando

en altura laureles y almendros, hasta los troncos calcinados convertidos en horquetas. Le gustaba el ascenso imbatible de las águilas y las parvadas de aves remontándose al atardecer. Le caían bien incluso los gavilanes que roban y se van sin dar nada a cambio o los zopilotes tan criticados por cuanto viajero llegaba al puerto. Estaban ligados a su memoria desde que tenía memoria, esos zopilotes parados sobre las azoteas uno tras otro como figuras de feria en un tiro al blanco. Viajaba de día y miraba por la ventana del tren para recordar una vez más la luz que lo había acompañado su vida entera.

La estancia en Jalapa fue más breve de lo previsto, casi un saludo. Le sirvió para convencerse una vez más sobre la marcha de su matrimonio. Su familia en pleno lo despidió en la puerta, abrazó a sus hijos y besó castamente a Genoveva conmovida de acariciarlo. Se puso en el ojal una rosa del jardín, su flor favorita, en esta ocasión él fue la mano que la arrancó de su tallo, aspiró su perfume y sin voltear siguió adelante el trayecto. Había conseguido que Dehesa le procurara algunos guardas estatales con los que avanzaría hacia Nopalapan y estaba tan ansioso de terminar el asunto que en la madrugada fue a encontrarlos, aunque halló cansados los caballos con las corretizas feroces a los que fueron sometidos y sudorosos a los hombres que parecían derrumbarse. Necesitó darles tiempo para descansar. Mientras tanto visitó la hacienda y se reunió con el dueño.

Otilio Franyutti lo recibió con una comida, licores, cogaques, la compañía de Otilio Sabattini y la propuesta de emprender una partida de naipes que los entretuviera en algo mejor que tomar el fresco escuchando el canto de los grillos y vislumbrando el parpadear de los cocuyos. Además, aunque los dos estaban involucrados en el asunto por lo que a la paz de sus respectivas fincas se refería, no les preocupaban demasiado las historias sobre Santana Rodríguez, cuyas fechorías consideraban más de orden político que de verdadero peligro. El desarrapado andaba creyéndose un Robin Hood tropical que roba a los ricos para darle a los pobres. Repartía sin medida dinero ajeno, dizque organizando una revolución armada, dizque haciéndose bolas con infelices escondidos en la selva y firmando manifiestos contra los porfiristas, proclamas que nadie tomaba en cuenta. Pero a Salvador le fascinaba gastar pólvora en infernitos y darse tono. No había sino verlo caminando por el pórtico con la panza sacada y las manos en los bolsillos sintiéndose poeta porque, salvo cuando se sentía coronel, Salvador era un poeta que no olvidaba un segundo su condición de poeta. Se aburrían hasta el bostezo oyendo sus largas conferencias sobre la teoría de Laplace, uno de sus monólogos frecuentes ante públicos cautivos,

y no entendían ni jota sus dísticos en francés. Recitaba a la menor oportunidad sus propios versos mientras el sudor lo embargaba con minúsculas gotas. Ellos miraban hacia otra parte para no reírse, miraban los muebles, el piso gastado, la campiña ensombrecida o luminosa entrando desde afuera. Los dos Otilios aprendieron de memoria “Cleopatra”, que Salvador declamaba apenas se hallaban solos. “La vi tendida de espaldas entre púrpura revuelta... Estaba toda desnuda aspirando humo de esencias en largo tubo escarchado de diamantes y de perlas...” Abría de par en par la puerta de cedro con el barniz carcomido por las lluvias como dirigiéndose a un gran auditorio y agobiaba los tablones del salón comentando el erotismo de la escena. En sus cabalgatas los Otilios se reían turnándose y diciendo cada uno un verso del largo poema. Les encantaban las alusiones más atrevidas, los dardos de oro en la lengua y el vientre donde destacaba un triángulo de rizada y rubia seda. Al llegar aquí no aguantaban las carcajadas, pasaban a las crónicas soeces y sacaban a relucir cuanta majadería y obscenidad se les ocurría hasta que las risotadas le daban a Franyutti punto de apoplejía y a Sabattini se le saltaba una vena que le cruzaba la frente; pero eran bromas secretas que su compadre debía ignorar no fuera a despertarse su famosa furia incontenible.

Por esa provincia los cascos de hacienda eran bastante menos suntuosos que en otras partes, siempre en alto previendo inundaciones y sin grandes lujos que se reservaban para las casas del puerto. El lujo eran las hectáreas. No alcanzaban a recorrerse en un semana ni en tres. Tendieron la mesa de juego sobre una galería y emprendieron los albueros apostando demasiado fuerte, mantenían el mismo ritmo con que bebían copa tras copa entre exclamaciones. La tensión subió y al rato Franyutti había perdido siete mil pesos. Se puso iracundo. Le resultó desproporcionada la suma e indignante lo rápido que había desaparecido de su bolsillo. Con lengua eficaz aunque tartajosa llamó a Sabattini un ahú hijo de la chingada, un cabrón que no agradecía su hospitalidad. Bien conocida era su avaricia de extranjero hambriento al que las autoridades debían regresar a Italia. Nadie sabía qué pata había puesto ese huevo. El gato sardinero se adornaba con levita y sorbetera, se colocaba un fistol en la corbata y con semejante disfraz pretendía respetabilidad para esquilmar incautos organizando apuestas en Boca del Río. El otro lo llamó mal perdedor y le recordó su más remota y aristocrática genealogía, su progenie nacida y por nacer y contestó los insultos en lenguaje virulento que habría dejado boquiabiertos a los alvaradeños. Para dirimir la situación se les ocurrió batirse allí mismo sin padrinos ni testigos. Salir al frente y partirse el

alma. Mesa, baraja y copas cayeron en un bárbaro jaloneo, intentaron rasgarse las vestiduras. Se oyó un estrépito de palos y vidrios rotos. De pronto, Salvador golpeó la pared como si un árbol cayera contra el techo y gritó un basta de idioteces que los convirtió en figuras de sal. Pareció que al poeta la piel se le volviera tirante, que desaparecía la hinchazón de la edad y luego se puso aún más tirante hasta convertirse en calavera. Los ojos se le hundieron y apagaron muertos, los labios se adelgazaron tirantes también, y el color de la cara se fue dejando matices cerosos de vela quemada. No fueron alucinaciones etílicas. La cara del poeta se convirtió en una mascarilla mortuoria, anuncio de marcha fúnebre. Y los duelistas quedaron perplejos, estáticos del susto, agradecidos de que les evitara matarse por tonterías.

En Nopalapan, junto a tales próceres, viendo marcar reses bravas Díaz Mirón pospuso su prisa. Celebró las proezas, comentadas con cierta envidia por sus amigos, de un toro que dormía a pierna suelta y cumplía obligaciones garañonas durante las horas nocturnas y que ambos se prestaban sistemáticamente en épocas de celo. La placidez lo embargó durante varias mañanas azules. En tanto los informantes precisaran dónde encontrar al guerrillero. Y mientras llegaba la operación final para acabarlo de un plumazo, se organizaban cacerías de venados que abundaban por aquellos montes. El poeta iba con su escopeta. Oponía un fieltro a los rayos que caían filosos como cuchillos, llevaba una guayabera para soportar la cólera del clima. Se echaron los sabuesos que adentrándose en la espesa mata comenzaron su labor de husmeo. Como de costumbre los tiradores se distribuyeron alrededor de un lugar estratégico y al poeta, protegido a la sombra de un sicomoro, le señalaron uno de los lados que lindaba con otro potrero separado por alambradas. Abstraído en los preparativos no sintió la presencia de un joven de blanco, la cara oculta bajo su sombrero de palma. Llevaba en la boca un veguero que revoleaba inquieto. Le preguntó si los perros ya habían levantado algo porque no se oían ladridos. Díaz Mirón contestó susurrando que tampoco había escuchado nada. El hombre cobró confianza y le solicitó lumbré para encender su chamuco apagado. Salvador fumaba un puro de alto coturno. Sin voltear, pasó la lumbré que le pedían siempre con la vista fija en la maleza cercada. Y el otro dijo agradecido:

—No serán tan buenos como los que usted fuma; pero ahí le dejo estos dos cachorros que no son de lo peor.

El poeta los guardó en la bolsa de su guayabera y todavía estrechó la mano que le brindaban. Entonces el hombre sonrió con una sonrisa que iluminaba el mundo, retomó su prontitud malabarista y como ráfaga perdió su montura entre

la breña mientras los demás atendían cualquier ruido desde el campo asediado. Minutos después salió escurriéndose uno de los perreros y preguntó:

—¿Ya se fue?

—¿Quién?

—Santanón, el Tigre de Acayucan, como lo nombran.

Salvador quiso coger una de las dos pistolas que cargaba y aquel movimiento involuntario y habitual fue inútil reflexionando que si el bandido se propusiera atacarlo habría

caravana regresó. Al terminar la comida, el poeta examinó los puros con detenimiento, cortó la perilla de uno y lo prendió con fumada deleitosa. Las espirales subieron al cielo. Paladeó y el perfume y el sabor lo hicieron exclamar:

—Qué cosa. Mis puros junto a estos son como unas décimas de Vanegas Arroyo comparadas con un soneto de Heredia.

Luego contempló las prismas del candil colgante sobre la mesa. Y sucedió lo de siempre, las nimiedades le causaban de pronto una felicidad que lo embargaba y que era secretamente suya. Incluso podía dejar pendiente cualquier obligación para entregarse a esa dicha fugaz esfumada en el aire. Le había ocurrido siempre. Sin explicaciones desatendía sus tareas escolares a pesar de ser buen estudiante, se ensimismaba y su madre aburrida le decía:

—Salvador eres perrillo que come caca y si no la come la masca. Serás igual hasta de viejo. Ni yo que te parí te entiendo.

¿Cómo iba a entenderlo si a veces ni él mismo se entendía?

Los rurales continuaron su acoso y los bandidos escaparon y se perdieron como siempre. Contaban que un cabo partidario de su causa les había cedido parque y caballos. Los periodistas no daban crédito. Sus editoriales se hinchaban con noticias frescas, atacaban la situación desde distintos ángulos, unos garantizaban que la tranquilidad renacería pronto pues ya se castigaba a los malhechores; y otros, que no les habían tocado ni el orgullo. La cuestión cobraba proporciones escandalosas, se tomaba en serio o despertaba burlas. Las opiniones dejaron de ser unánimes, aprovechaban el tema para encabezados sangrientos y el ejército destituyó al anterior y mandó

aprovechado la oportunidad cuando le encendió el cigarro. Sacó de su bolsa los dos puros, estuvo mirándolos y volvió a guardarlos.

Los cazadores se reunieron desilusionados, aparecieron los perros después de su estéril labor y se entregaron sobre el pasto a pinolillos y conchudas. Sonó el cuerno melancólico y la

a un nuevo cabo, Francisco Cárdenas, que a Díaz Mirón antipató apenas verlo. Sin motivos claros lo evitaba. Tenía algo siniestro en su persona de verdadero asesino; pero se afirmaba que ese sí, y no los de Franyutti, era perro de presa. Hubo que vencer pruritos, dejar las apetencias y dedicarse a lo que había venido. Otros terratenientes quisieron unírsele,



citaron a los habitantes de rancherías para notificarles que se presentaran con carabinas o los mandarían a las tinajas de San Juan de Ulúa. Al día siguiente había más de mil campesinos acatando órdenes del poeta para atrapar a un hombre que andaba solo porque como estrategia dispersó a sus compañeros. Tres o cuatro informantes aseguraron que debía cercarse una mantilla donde Santanón se refugiaba. La sitiaron y, como un moderno Alejandro Magno, Salvador ordenó fuego cerrado y permaneció con la pistola empuñada al pie de su caballo. Los campesinos estuvieron disparando hasta el anochecer y cuando el desvelo y la peste de la pólvora se volvían insoportables, decían:

—Capitán, nadie contesta.

Nadie contestó porque no había nadie. Díaz Mirón admitió para sus adentros que lo habían engañado y que protegían al bandolero o simpatizaban con él. Regresó a la hacienda y en los largos corredores que rodeaban la casa, al compás de una mecedora, contempló perplejo la negrura insondable y su imaginación borró los tiroteos y retomó mentalmente una cuarteta:

La Luna surge de la selva oscura
derramando un albor como de duelo,
y blanca y libre, como el alma pura
de un mundo muerto, se remonta al cielo.

Cumplía expedientes y mandaba telegramas y noticias a los generales que le suministraban pertrechos, guardias montados y forrajes. Confirmaba varios enfrentamientos con campesinos que tomaban bando, y explicaba cómo, los perseguidos, o para ser más veraces el perseguido, salía huyendo; pero nunca hubo bajas de ningún lado, sino chozas vacías sobre cuatro puntales, lechos de palma, tenates, racimos de plátanos y algunos pericos en su percha enarbolando su cresta amarilla y sus gritos tipludos. Los regaló a quien propuso cuidarlos.

Rastreaba fantasmas desvanecidos en el sueño que envolvían las patas de sus caballos con trapos para no hacer ruido. Le decían que Santanón se refugiaba en las montañas de Chiltepec y Chicajuma, que no se apurara porque de seguro allí un tigre real lo destrozaría entre sus colmillos pues para un tigre otro tigre. ¿O no? Eran habladerías. Robaban los rifles y los soldados desertaban. Las noticias resultaban falsas y tardías. Los telegramas que enviaba a las autoridades dando cuentas de su gestión aseguraban que ni el fuego del sol, la fragosidad del terreno, la cerrazón del monte, la escasez de alimento ni la abundancia de garrapatas mermarían su empeño por acabar con los malvados hechos ojo de hormiga. Hacía

planes metódicos, estrategias atrevidas, reducía el tránsito en los ríos, los patrullaban canoas, ponía vigilancias fijas, iba personalmente apoyado con cuatro guardas y desafiaba la fronda, ordenaba que las demás partidas bordearan las orillas. Sin obtener nada. Unos fulgores despiadados endurecían la cara de los rurales que en conjunto simulaban una enorme serpiente reptando el camino paralelo al río. Empezaba a cansarse. Quizás eran demasiados esos trajines para su edad. Aquella salvaje naturaleza de la costa del golfo acababa con cualquiera.

La intensa búsqueda obstaculizaba la hospitalidad de sus conocidos. A veces iba a casa de algún regidor o dormía en lodo seco o en catre de campaña hecho un fardo con la ropa pegada de sudor al cuerpo. Imposible leer a la luz de esas velas apestosas, se le cerraban los ojos. Sin embargo no obstante el cansancio dormía mal, acosado por ecos, oraciones entrecortadas, palabras alargadas como si alguien las dijera en atormentadores delirios, murmullos jarocho que le provocaban extravíos. Alguna vez se levantó. Quiso escribir lo que soñaba. Pergeñó el principio de un poema. No servía, arrugó el papel y lo tiró lejos. Al día siguiente alguien lo musitó a su oído. ¿Quién pudo conocer esas líneas torpes? Aparte, había pasado mes y medio, su estómago protestaba. Detestaba los olores, las plagas de mosquitos desprendidas de charcas fétidas. Sentía náuseas, fiebre, comía poco y durante las jornadas dos o tres veces se escondía para vomitar detrás de un matorral. Los años empezaban a pesarle, cincuenta y seis, cincuenta y siete, cincuenta y siete y medio...

Los soneros lo victimaban con sandeces, lo llamaban panzón colorado, criticaban los casimires importados que usaba en la capital. Y durante sus pesquisas oía guitarras que acompañaban coplas majaderas imposibles de desdeñar:

Ya de la jarana al fin
buscaba a mi contrincante,
cuando lo tuve delante
trepada en un capulín
le apunté con la escopeta
y ya liva a disparar,
cuando él comenzó a gritar:
¡Soy púeta! ¡Soy púeta!

Desgraciados, hijos de puta, merecían que los correteara a fogonazos por infames y mentirosos; pero lanzaba disparos al viento y sólo había acabado con una culebra retorcida en una rama y quizá con un sapo que blasfemaba alarmado. Los canallas se escondían para entonar su infamia. Alejados entre los matojos nunca logró saber de dónde venían esas trovas

que aprendió resentido. ¿Cómo se atrevían a violar la verdad? Qué mal lo conocían esos léperos ordinarios. Imaginarse a sí mismo trepado en un capulín pidiendo clemencia lo hacía temblar de rabia. No respetaban ni a su abuela con tal de hacerse los chistosos, su alegría estulta le sacaba ronchas. Qué sabían de lo bueno que hay en esta vida, qué sabían del ritmo de un alejandrino o de las arias de Verdi. Además había algo más que ni a sus íntimos ni a su mujer confiaría nunca. No se le quitaba la sensación de que alguien perseguía sus andares y que en lugar de tener al enemigo enfrente lo llevaba a la retaguardia siguiéndolo como sombra. Varias veces volteaba hacia atrás o se paraba en seco, espoleaba su montura y luego se detenía. Nadie. Y los versos, sus propios versos, seguían llegando a su cabeza o a sus oídos y no importaba la estrechez de los caminos ni la fatiga. Quedaba el consuelo de su poesía y el imperativo de fumar, pero el tiempo transcurrido había acabado su provisión de puros. Comentó esa desgracia con alguno de sus acompañantes y al rato se le acercó un jovencito para entregarle dos rollitos de perilla de veinticinco pesos cada uno envueltos en papel de estraza. Traían un recado escrito con letra infantil. Le recomendaba que no fumara recortados como los rancheros, que si le agradaban esos le mandaría más. Firmaba Santanón. El poeta reculó y se dispuso a volver. Los agrios breñales, los casuchos acubados, los mangos copudos observaban su camino con simpatía dispuestos a quedar fijos en su mente. El sitio es ingrato por fétido y hosco. El carbón, el nopal y la ortiga prosperan, y el aire trasciende a boñiga, a marisco y a cieno y el mosco pulula y hostiga. Y el mosco pulula y hostiga, oyó repetir a sus espaldas. Y luego: La flora es enérgica para que indemne y pujante soporte la furia del soplo del norte, que de octubre a febrero no es rara, y la pródiga lumbre febea, que de marzo a septiembre caldea. Oía estos pasajes de su "Idilio", uno de sus poemas más conocidos en aquel rumbo, murmurados con entonación cantada como de copla. ¿Estaba soñando o era realidad? Sintió que se ahogaba. Las frases acudían, eran algo familiar y sin embargo inaudito. ¿Quién carajos permanecía a sus espaldas? Giró en redondo. El silencio. Y a mediados de julio la lumbre febeaba, según el verbo que sus críticos juzgaban horroroso. El ambiente se volvía un horno tragándose el universo. Y desacostumbrado a ese infierno que jamás había soportado cuarenta y cinco días seguidos se alegraba cuando atardecía y las aves buscaban asilo en alguna parte misteriosa o en lo alto de los árboles. Respiraba hondo dejando llegar el aire más templado a sus pulmones. Entonces la campiña cambiaba de colores, se distinguían mejor los tonos de verde, se distinguía mejor la forma de las hojas.

Díaz Mirón marchaba a retaguardia con un soldado destinado a protegerlo, entre la hojarasca creciendo a uno y otro lado del sendero abierto a filo de machetazos; repentinamente apareció un hombre de mirada vivaz y boca de labios carnosos montado un animal retinto de orejas cortas y pezuñas breves. Portaba sombrero charro bordado con oro y plata y calaba barboquejo. Interceptó el paso. El poeta apeló a su cuarenta y cinco; pero lo detuvo una voz conocida que le dijo entre simpática y altanera:

—¿Sabe usted quién soy? Santana Rodríguez para servir a usted...

El poeta y su compañero quedaron clavados por la audacia del bandido y su sangre fría a los que unió una risita y un comentario:

—Le he oído decir que le faltan tabacos para inspirarse.

Y del pecho extrajo un haz de vegueros sanandrescanos. Los entregó al poeta que los tomó sin responder, sobre todo porque a esto siguió una reconvención, el consejo de regresar entre los suyos para escribir lo que realmente importaba. Después, el jinete caracoleó y se remontó en la espesura. Por un instante, un instante fragilísimo y terrible, Díaz Mirón lo tuvo a su alcance. Los bordados brillantes le señalaban el blanco exacto y ese pensamiento le pasó como borrasca. Pudo acabar con aquel bandido de una vez por todas cuando las fuerzas empezaban a fallarle, vengar las apariciones sorpresivas. Revelaban una mezcla de temeridad y arrogancia que los jóvenes muestran ante los viejos a quienes no perdonan haber envejecido como si tuvieran la culpa. Y quizás esos encuentros demostraban también admiración por su obra, al menos por su "Idilio". ¿Quién sabía? El sombrero continuó reverberando segundos más. ¿Pero matar a un hombre por la espalda? Eso nunca lo registraron sus códigos. Se hubiera avergonzado, avergonzado de ganarle a traición. Además admiraba la belleza y el valor. Se preguntó si valía la pena darle un tiro a ese centauro que lo había retado a encontrar una aguja en un interminable pajar. Alzó los ojos, el rey oriental buscaba descanso. El espacio se teñía de una gama que ningún pintor imitaba, ni siquiera Velasco, el rosa le ganaba al naranja intenso, se colaban jirones caprichosos entre nubes caprichosas, cambiaban de forma en magnífico espectáculo. Era una lenta, lenta pausa hecha para ser vista dulcemente. "No es fácil cazar crepúsculos", pensó, dio grupas a su caballo, dejó la columna al garete y se atuvo a las consecuencias. •

BEATRIZ ESPEJO es cuentista y ensayista, investigadora y profesora universitaria. *Cuentos reunidos* (FCE) es su publicación más reciente.